

San José, Costa Rica

— 25 de Julio de 1913 —

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año III

Ricardo Falcó Mayor, Director

Núm. 62

La moral del pueblo

La propensión del pueblo a dar ferviente acogida a toda imputación de inmoralidad en los gobernantes, es notoria. En vano se le advierte que no son los hombres públicos quienes, por punto general, viven fastuosamente, dilapidan sin tasa o atesoran fortunas con qué enriquecer a su descendencia. Los más mueren pobres; muchos viven modestamente; algunos, hombres de alto entendimiento, sacrifican a la política los pingües y legítimos rendimientos de un bufete copioso. Advertencias y demostraciones se prodigan.

Y, sin embargo, todo es inútil. El pueblo, que no concreta sus acusaciones; que, cuando no lo dirige un inductor, no señala persona determinada sobre la cual recaiga el gravamen de su vituperio, está siempre dispuesto a estimar que en el fondo de todas las resoluciones del Poder público hay algo fraudulento y vergonzoso, que se disimula bajo la hojarasca de los tecnicismos administrativos o de los tropos oratorios. Será este un hecho lastimoso, censurable, si se quiere; pero es un hecho innegable, una realidad viva, y los gobernantes han de tomarla en cuenta, no para lanzar sobre ella un inútil anatema, sino para examinar su fundamento, para modificar tal predisposición de espíritu por aquellos caminos y procedimientos eficaces para introducir en la opinión popular la suspirada mudanza.

¿Por qué siente el pueblo así? ¿Es que tales sentimientos carecen de una explicación, de una causa racional? ¿Es que en semejante propensión hay solamente reflejos de una perversidad nativa, de una viciada índole de la naturaleza humana? Sería infantil pensar de ese modo: sería torpe, porque imposibilitaría el adquirir jamás plena conciencia de cómo van acrecentándose estos recelos y sembrando ante los pasos del gobernante suspicacias y abrojos que le imposibilitan la marcha. El pueblo tiene razón. Es injusto cuando acusa a persona determinada y cuando vincula sobre las encarnaciones del Poder público responsabilidades concretas por actos que, vigilados por el Parlamento, intervenidos por los cien mecanismos de la Administración, garantidos previamente por la propia conciencia de los hombres que se han destacado en el plano social, están exentos de toda mácula. En estas acusaciones el pueblo se expresa y se manifiesta con aquella tosquedad y grosería de ideas y sentimientos que son naturales en su ignorancia y de su ruda condición.

Pero el pueblo, en este caso, no hace sino condensar en torno de aquellas figuras sociales que encarnan la representación de toda una clase sensaciones confusas, ideas vagas y dispersas que germinan en su espíritu al contacto con la vida diaria. Porque los gobernantes no son inmorales. Pero la clase gober-